

LAS CHICAS DE LA YOGURTERÍA

Pilar Dughi

Desde entonces, Lucha redujo sus horas de deporte. Supo que el tipo vivía en la casa de al lado. No había reparado antes en él, pero ahora lo veía con frecuencia en la bodega y en el horno donde compraba el pan. El hombre parecía mirarla con rabia. Lucha dejó de saludar indistintamente a los vecinos, porque ya no sabía cuáles eran los groseros que podían tener amistad con aquél. Cuando lo veía, evitaba su rostro, y lo esquivaba cuando lo cruzaba por la calle.

Para entretenerse, acudía a la biblioteca de la universidad. Ahí se encontró con un profesor que era bastante gentil y tenía cierta autoridad fundada en sus largos años de docencia. Intercambiaron libros y luego se encontraron en algunas reuniones. Conoció a su esposa, una mujer joven y pálida que la saludaba con cortesía. Una vez el profesor le prometió un libro que supuso sería muy útil para Lucha. Ella lo fue a buscar varias veces a su oficina, pero no lo encontró. Una noche, el profesor tocó la puerta de su casa. Ella lo recibió con alegría y lo hizo pasar a la sala. El hombre parecía algo nervioso. Lucha no supo qué hacer y le invitó un café.

–Te has acostumbrado bastante bien –le dijo él.

–Más o menos –contestó ella–. La falta de agua me molesta. Es penoso tener que recolectarla todos los días.

A Lucha le complacía tener relación con la gente de la universidad. Sentía que podía conversar de las reflexiones que le suscitaba su trabajo, las noticias locales y los libros que leía. La principal forma de enterarse de lo que pasaba en la ciudad era intercambiando opiniones con ellos. Ya que no había un periódico regional, la radio y los encuentros personales eran una forma de estar informada.

–¿Y qué te parecen los ayacuchanos?

–Oh, han sido muy hospitalarios conmigo. Lo único que no me gusta es que beben mucho en las reuniones y si una no quiere hacerlo, se molestan. Lo toman como una afrenta.

–Ah, eso es en toda la sierra –exclamó él–. El campesino bebe en sus estas patronales durante días. Todos, hombres y mujeres, hasta perder el sentido.

–Sí, ya lo sé, pero es excesivo.

-Es un pretexto para poder llorar -comentó él- sin tener vergüenza.

Y a continuación contempló el techo alto de la sala.

-Esta casa es muy antigua, tiene techos de bóveda -señaló.

-Es muy fresca cuando hace calor.

-¿Puedo ver la casa? -inquirió él.

-Sí, claro -respondió ella.

Él se levantó y se dirigió hacia la cocina, que daba al patio.

-Bonita casa -dijo y luego se acercó al cuarto que estaba al lado de la sala. Era el dormitorio de Lucha.

-Tienes una cama matrimonial -le dijo. Y la miró con curiosidad. Lucha se sintió incómoda. -¿No tienes frío? -le dijo él y trató de rodearle los hombros. Lucha se apartó rápidamente. -No -contestó irritada. -Es una cama muy grande para ti -respondió él, tratando de abrazarla de nuevo. Lucha salió inmediatamente del dormitorio. -Ya es muy tarde -le dijo-, es mejor que te vayas. El hombre salió detrás de ella y se puso la casaca que había dejado sobre la silla del comedor.

-Anda a buscarme a la universidad cuando quieras -le dijo mientras Lucha le abría la puerta.

Lo despidió de un portazo. Estúpido, pensó. ¿Qué se ha creído ese cirio? Se preparó un mate de coca y antes de acostarse puso el cerrojo en todas las puertas.

La época de lluvias había llegado y el clima se volvió húmedo. Por las mañanas tenía congestión nasal y comenzó a toser en forma intermitente. Se encontró con Charito que conversaba con dos amigas en uno de los portales de la plaza.

-Yo creo que debes tomar canchalagua -le recetó Charito-. Además de ser buena para el resfriado, facilita la digestión y la puedes tomar con limón como refresco.

La presentó a sus acompañantes. Eran dos chicas altas, algo gorditas, no pasaban de treinta años y eran bastante guapas. Llevaban el cabello largo, ondulado y suelto sobre los hombros.

-Son mis amigas -le dijo Charito-; cuando quieras, podemos hacer *footing* hasta el aeropuerto los domingos por la mañana.